

Reflexiones

Padre Nicolás Schwizer

Año 19 - Nº 290 - 01 de julio de 2025

Nuestra misión apostólica

Este mes celebramos la fiesta del apóstol Santo Tomás nos invita a reflexionar un momento sobre nuestra vocación y misión apostólica. Apóstol es una palabra griega y significa enviado. Y el primer enviado es Jesucristo ya que Él mismo recibió la primera Misión, el primer mandato apostólico de parte de su Padre divino. Él debía venir a este mundo, introducirse en nuestra historia, para proclamar la cercanía y la llegada del Reino de Dios.

A los hombres no nos bastan las palabras para orientar nuestra vida, sino que necesitamos modelos vividos. Por eso Dios nos mandó a su Hijo Jesús. Y nos invita también a nosotros a ser reflejos de Cristo y a dar testimonio de Él.

Y después Él envía, a su vez, a los doce apóstoles. Antes de ascender a los cielos, les dará el mandato definitivo: *“Id por todo el mundo, anunciad el evangelio a toda la creación”*. Será el cumplimiento de aquella palabra del Señor: *“Como mi Padre me ha enviado, así os envío yo”*.

Y esta es la meta de toda la iglesia. La Iglesia es apostólica, es misionera, es enviada al mundo. Y no es por propia decisión, sino por voluntad expresa de Cristo. Incesantemente Él sigue enviando a la Iglesia. Y Él mismo estará con ella hasta el fin de la historia.

Y la misión de la Iglesia es y sigue siendo, anunciar la cercanía del Reino de Dios. Es el mensaje propio de Cristo que se prolonga en la predicación de la Iglesia. Y lo hace sobre todo por medio de la jerarquía, el Papa y los Obispos, que son los sucesores de los apóstoles.

Pero, como sabemos, no sólo a la Jerarquía toca el deber del apostolado. También corresponde a todo el pueblo de Dios. Cada cristiano, cada uno de nosotros, si quiere ser un miembro vivo de la Iglesia, tiene que ser un apóstol, un misionero, un enviado del Señor.

Es un deber que nace en el Bautismo, sacramento que fue la cuna de nuestra vida cristiana y, principio de nuestro ardor apostólico. Es una misión que después se nos entregó personalmente en la Confirmación.

Ser apóstol es hacer crecer la Iglesia conquistando miembros nuevos para ella. Y a la vez, es conducir a sus miembros actuales a mayor plenitud espiritual. Esa es la esencia de nuestro apostolado: hacer de los hombres cristianos, y de los cristianos santos. Ser apóstol en el sentido pleno es serlo no solo con la palabra, sino más todavía con la vida, con el ejemplo. Porque el ejemplo contagia.

Todos hemos sido llamados a colaborar en esta misión divina. Ninguno de nosotros puede desentenderse de ella. Pienso que todos tenemos anhelos y sentimos interés por el bien espiritual de los demás, en especial de nuestros seres queridos, parientes y compañeros de trabajo. Nos sentimos responsables por su crecimiento. Queremos ayudarles a madurar en su fe y en su vida cristiana.

El mundo de la política, lo social, la economía, la cultura y las artes y otras realidades abiertas al apostolado nos esperan.

Fe y amor a Cristo, son las condiciones para que todos nosotros podamos ser verdaderos apóstoles del Señor. Porque como cristianos tenemos vocación de apóstol.

Somos una Iglesia apostólica y misionera. El cristianismo, más que una religión de salvados, es una religión de salvadores. Si nos preocupamos sólo por salvar nuestra propia alma, Dios nos preguntará, al final de la vida: “¿Dónde están tus hermanos? ¿Dónde están tus familiares? ¡Vete a buscarlos a ellos!”

Queridos hermanos; pidámosle al Señor y a su Madre, que nos regalen fuerza y fuego apostólicos, para que podamos ser sus instrumentos y apóstoles en medio de nuestro mundo, que tanto necesita de Dios.